

NO JUZGUEIS...

La misión de juzgar es una tarea, además de ingrata, inquietante, turbadora, que deja siempre un cierto desasosiego en la conciencia y un amargo sabor en el corazón. Porque si bien los hechos pueden mostrar con certeza la culpa en algunos casos, en otros esta evidencia no existe. Y ocurre, por otra parte, que un mismo acto puede ser punible, o no serlo, según la intencionalidad del autor, puesto que la voluntad y la conciencia plena de estar realizando una acción delictiva son las que determinan la culpabilidad. ¿Y quién es capaz de penetrar en las íntimas motivaciones de una persona? ¿Quién puede, con seguridad, valorar su capacidad de raciocinio y sopesar las presiones y circunstancias que pudieron incitar u obligar al sujeto?



Foto Ortega

La cuestión se complica si pensamos que la norma o la costumbre transgredidas pueden ser injustas, como con harta frecuencia ha sucedido en todos los tiempos. Entonces la falta se transforma en heroicidad y el castigo en escarnio para el juzgador.

La Historia recuerda juicios célebres que han quedado como ejemplo de farsa y desprecio de algo tan noble y excelso como es impartir justicia. Y sin duda ninguno tan burdo, ruín y detestable como el de Jesús. Hasta

el propio Pilatos reconoce la inocencia del reo y, sin embargo, no impide la condena. La función de hacer justicia, así, se bastardea y manipula por conveniencias políticas, desviándose de su fin verdadero; prevalecen intereses de clase, de status, de oportunidad para contentar a quienes temían el mensaje del Rabí. Las vacilaciones de Pilatos se desvanecen cuando, con maquiavelismo perverso, se le insinúa la posible acusación de enemistad con el Cesar si no condena a quien se proclamaba rey.

Resulta decepcionante comprobar cómo el hombre es capaz de tales vilezas; y resulta desconsolador y triste ver como la multitud que aplaude y vitorea unos días antes, entre palmas y ramas de olivo, se convierte en siniestra masa vociferante, exigiendo sangre y muerte, por influencia de un pequeño grupo; volubilidad peligrosa que debieran tener bien presente quienes, con ignorante y egoísta irresponsabilidad, siembran cizañas o pretenden conducir a las muchedumbres para sus objetivos.

“No juzgueis y no sereis juzgados”, diría el Maestro, que tan bien conocía a los hombres. Y aunque la frase parece ir dirigida a ese especial defecto humano de condenar y descalificar, imputando defectos, vicios y maldades al semejante, sobre todo si no comparte las mismas ideas o sus intereses son competitivos y contrapuestos, también es aplicable al juicio formal, cuando se deja influir por elementos extraños perturbadores.

Pero la justicia que pretende Jesús, como su Reino, no es de este mundo. Y no obstante que cuando nos fustigan y hieren los juicios humanos clamamos con desesperación por el sentido de lo justo que, como sugerente fulgor de estrella, brilla en sus palabras, en las mil ocasiones que somos nosotros quienes juzgamos a los demás, olvidamos ese ideal de justicia y perseguimos con saña, y denunciarnos con desprecio, y acusamos sin misericordia, y exigimos con virulencia, y condenamos con crueldad regocijada y demoníaca... No recordamos que El también dijo: “Con la medida que midiereis sereis medidos”.

MIGUEL MOLINA